

braseros de bronce que se ven en las películas de romanos, junto al muro de un edificio con columnas «de templo clásico», precisó, no sin volver a informarme de la pasión de su mujer por todo lo que tuviera que ver con la Antigüedad. La llama, agitada por el viento, difundía una claridad rojiza e inestable sobre la acera: esta vez Abengoa sí vio con exacta nitidez a la mujer del hotel, con el mismo traje de chaqueta, la melena ahora pelirroja por el brillo del fuego. Sin que lo detuvieran consideraciones de decoro o cansancio se lanzó a cruzar entre los jardines de la plaza, de pronto animoso y lúcido, despejado, sin rastro de jet-lag, sintiendo que su deseo crecía con una oleada cálida de certidumbre: la mujer estaba sola en Buenos Aires, tan sola como él, había salido a cenar y al verle a él había resuelto, con la desevoltura admirable de las extranjeras, que irían juntos a un restaurante, ahorrándose el oprobio que pesa siempre sobre los comensales solitarios. «Imagínate, Claudio, me puse a cien cuando vi que me reconocía, que me hacía un saludo con la mano.»

Pero el saludo no debió de ser de bienvenida, sino de adiós: cuando Abengoa llegó al otro lado la mujer ya no estaba parada junto a las columnas de aquel edificio, que resultó ser la catedral. Buscó en las zonas oscuras del atrio, siguió caminando por la acera en dirección a una

calle muy ancha y algo mejor iluminada, aunque no mucho, con tal aire de desolación que se sorprendió al comprobar que era la famosa avenida de Mayo. Se sentía estafado, humillado: con la desilusión regresaba el abatimiento. En una pequeña trattoria tomó una pizza y media frasca de vino. El tinto italiano, ácido y ligero, lo reanimó, y terminó la cena con una copita de grappa. La misteriosa mujer rubia, según él mismo la denominó, seguía siendo el centro de sus prioridades.

—Tú no me vas a comprender, Claudio, porque a ti se te ve, no te lo tomes a mal, que eres un poco triste, como todos los artistas. Pero es que a mí la tristeza no me dura, aunque algunas veces me empuñe, es como un amigo mío que se empuña en coger el hábito de fumar y no lo consigue, fijate qué tío más raro, enciende un pitillo y al principio le gusta, me dice, pero luego se aburre enseguida, se compra un paquete y lo pone en la guantera del coche a ver si se aficiona a fumar conduciendo, pero se le olvida que lo lleva. Yo comprendo que si me durara más la tristeza tendría más vida interior, por ejemplo, aquella noche en Buenos Aires, pero fue tomarme la pizza tan rica, tan fina y tan bien tostada, y beberme el vino y luego la grappa, y me puse tan contento, y fijate si somos tramposos los hombres que en un mo-

mento pensaba que cuando llegara Mariluz iba a llevarla a aquella trattoria y al momento siguiente ya estaba dándole vueltas a cómo podría montar guardia cerca de la habitación de la rubia sin llamar la atención...

V

No le hizo falta ninguna estrategia. De regreso al hotel, nada más abrirse la puerta del ascensor en el piso decimoquinto, vio a la mujer parada justo enfrente, como si al oír que ascendía el lento mecanismo se hubiera puesto a esperar su llegada, igual que quien espera la llegada de un tren. Abengoa tuvo la impresión de que la mujer miraba no hacia él, sino hacia la ruidosa puerta plegable, y que en su cara había una expresión de angustia, que cambió instantáneamente cuando los ojos de los dos se encontraron.

Estaba inclinada, una rodilla más alta que la otra, tratando de ajustar en el pie izquierdo un zapato negro de tacón, que Abengoa encontró sumamente sofisticado, como los que llevaban las mujeres en las películas de antes. Modelado por la media oscura y traslúcida, el pie descalzo de la mujer tenía una forma exquisita. La mucama vieja (a estas alturas del relato Abengoa había pasado a llamarla «la vieja de los cojones») limpiaba en el otro extremo del pasillo el marco dorado de un espejo, lo